

margen N° 118 - setiembre 2025

MOTIVO DE TAPA

Dos caras para la traición

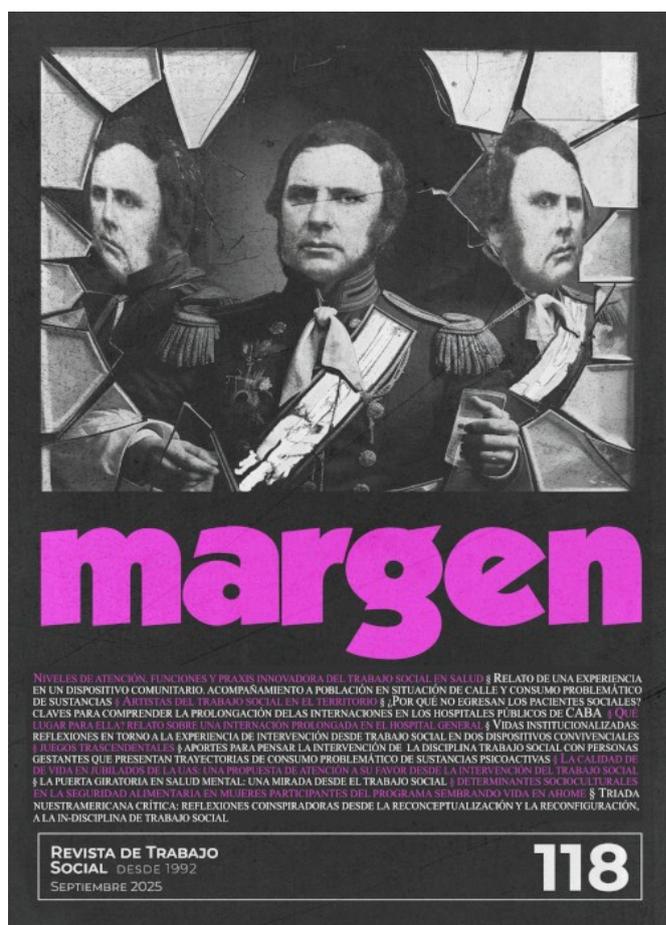


Imagen:

“Urquiza, dos caras para la traición”

Por José Luis Parra

*Para los que de sangre salpicaron la patria, pido castigo.
Para el verdugo que mandó esta muerte, pido castigo.
Para el traidor que ascendió sobre el crimen, pido castigo.
Para el que dio la orden de agonía, pido castigo.
Para los que defendieron este crimen, pido castigo.*

Pablo Neruda

Traidor/a es quien comete traición, es decir una falta que quebranta la lealtad que se debe tener hacia alguien o algo. Ese algo puede ser la aldea, la comunidad, el pueblo, el país de origen. Cuando la falta es cometida contra la soberanía o contra la seguridad e independencia del Estado se la considera como alta traición.

Traicionar equivale a tener dos rostros. Se puede conspirar por envidia, por temor, ansias de poder o con el fin de acceder a beneficios en posición, bienes o dinero. En todos los casos, el traidor busca un beneficio propio en detrimento de los otros.

La Historia Universal está plagada de traiciones, de allí que es muy común considerar que la traición es un mal inherente a la condición humana. Tales acciones produjeron graves males, como por ejemplo la pérdida de libertad e incluso la muerte. Estas acciones trascendieron a lo largo de los siglos, no pudieron ser ocultadas. Sin embargo, en algunos casos, como en Argentina, los traidores fueron disfrazados por la Historia Oficial -escrita a medida para sostener el estatus triunfador de las élites nativas aliadas al poder económico de las potencias- elevándolos a la categoría de héroes o padres fundadores.

Repasemos algunos ejemplos de traiciones a lo largo de la Historia argentina.

Mariano Castilla y Ramos

En primer lugar, para encumbrar a los traidores, la Historia Oficial hizo “desaparecer” a mujeres y hombres que pugnaron por construir un lugar en el mundo con libertad y justicia. Luego, el ocultamiento y la urdimbre de la mentira se ocupó de aquellos que se vendieron al sucio pago del soborno, tanto para el espionaje como para la traición.

Uno de estos personeros de la entrega y la corrupción fue Mariano Castilla y Ramos, quien actuó en América en los albores del siglo XIX.

Se sabe que nació en Buenos Aires. En los archivos británicos quedó registrado su nombre como extranjero residente en Londres. Este porteño viajó posiblemente a Inglaterra en 1803 enviado por alguno de los grupos económicos influyentes del Río de la Plata para tomar contacto con los británicos y activar en favor de la independencia de América del poder español.

Los registros ingleses guardan algunas cartas de Castilla, como las dirigidas en 1805 al Ministro de Guerra Lord Castlereagh, pidiendo se le reembolsaran más de 5 mil libras en concepto de gastos para el envío de “agentes” al Río de la Plata. No quedan dudas de que este "americano" fue sostenido por el interés británico.

Hacia 1807, conociendo los sucesos producidos por la primera Invasión Inglesa a Buenos Aires y en colaboración con otro agente llamado Eugenio Cortés, presentó un plan de intervención inglesa en el Río de la Plata. Incluso se ofreció -tal como consta en otra carta a Lord Castlereagh fechada el 10 de julio de 1807- viajar a Buenos Aires para servir a la causa y lograr contactos más estrechos con el bando criollo.

Luego de la derrota inglesa en Buenos Aires, a partir de 1808 debió variar su estrategia. Así es que se relacionó con algunos de los americanos que militaban a favor de la independencia bajo la protección inglesa, como Saturnino Rodríguez Peña y Manuel Aniceto Padilla.

La invasión napoleónica a España en 1808 puso fin a este tipo de intrigas. España se convirtió en aliada de Inglaterra y Castilla y Ramos se definió como activo agente inglés. Desde esa posición

-incluso luego de la Revolución de Mayo- manifestó un indisimulado encono contra su tierra de origen y trabajó con dedicación para complicarle las gestiones a los enviados de los gobiernos americanos a Londres. Manuel Moreno lo citó en una carta dirigida a Tomás Guido en 1812, en la que recordaba su gestión en Londres como enviado de Buenos Aires y el “despreciable carácter” de Castilla, describiéndolo como “sin sentimientos de honor y moralidad”.

Su virulencia contra todo movimiento independentista la expuso en una carta de junio de 1812 dirigida a Roberto P. Staples, cónsul inglés en Buenos Aires, acusando de espías pagados por Francia a los pasajeros de la fragata George Canning encabezados por José de San Martín. En la misiva, Castilla afirmaba que

...he sido informado por personas interesadas y que se encuentran ahora en Londres que esos pasajeros fueron enviados y provistos de dinero por el gobierno francés. La negociación fue abierta por el ayuda de campo del mariscal Víctor, desde un tiempo antes prisionero en Cádiz, pero que fue libertado y enviado a Francia por secreta instigación de los mencionados caballeros.

La intención era desprestigiar a San Martín, Alvear y el grupo de militares llegados a América para incorporarse a la Revolución, frente los influyentes comerciantes ingleses de Buenos Aires y sus aliados criollos.

En realidad, la referida relación con Francia fue explicada luego por el propio Carlos de Alvear, quien refirió que -utilizando dinero como rescate- se había logrado concretar la fuga del teniente coronel francés Rossels, hasta entonces prisionero en el castillo de Santa Catalina en Cádiz, con el objeto de que se encontrara con el Mariscal Víctor, general francés a cargo del sitio del puerto y enclave de Cádiz en 1810. Alvear confirmó entonces que el enviado llevó “cartas en las que suplicaba interpusiese su mediación para que fuesen puestos en libertad oficiales americanos que habían sido prisioneros en los ejércitos de España para que así pudieran pasar a América y sostener la independencia...”.

Otra acción de intrigas y espionaje de Mariano Castilla y Ramos fue determinante para la llegada del conspirador James Florence Burke a Buenos Aires. Burke era un irlandés que viajó al Río de la Plata como espía a favor de la corona inglesa durante los primeros años del siglo XIX. Su misión en Buenos Aires fue la de tomar contacto con los nativos, especialmente con comerciantes porteños, a fin de conocer su opinión y trabajar a favor de una posible intervención británica.

Buenos Aires recibía gran cantidad de cargamentos de contrabando. En muchos casos, los funcionarios de la Corona se beneficiaban con este negocio ilegal. Muchos comerciantes formaban parte de esta legión, así como lo hacía una verdadera corte de abogados que servía tanto a los intereses de los comerciantes ingleses como a comerciantes locales que lucraban con las actividades ilegales.

El objetivo de Burke en Buenos Aires fue principalmente relacionarse con los principales activistas revolucionarios señalados por Castilla, entre los que destacaban los hermanos Nicolás y Saturnino Rodríguez Peña, Hipólito Vieytes, Juan José Castelli y Manuel Belgrano.

Hacia 1803, el propio Castilla y Ramos habría informado a las autoridades inglesas acerca del crecimiento de estas incipientes organizaciones clandestinas propiciadoras de la independencia americana en beneficio del Libre Comercio británico. Recordemos que en 1803 el gobierno inglés encargó al comodoro Home Riggs Popham que estudiara -con el activista venezolano Franciso

Miranda- el plan para la invasión de la América española a través de sendas expediciones militares. Estas invasiones serían apoyadas -a nivel local- por los partidarios de una independencia política, pero de ningún modo económica. Aquel mismo año fue elevado al Gabinete el plan que planteaba organizar dos expediciones: la de Venezuela sería comandada por el mismo Miranda y contaría con dos mil soldados británicos, cuerpos de caballería y artillería.

La afinidad con el comercio británico se demostró en Buenos Aires durante la Primera Invasión inglesa. En el transcurso de la ocupación británica de 1806, las autoridades del Cabildo y el resto de los funcionarios públicos fueron obligados a prestar juramento de fidelidad al rey Jorge III. Pero además, otras 58 personas que no estaban obligadas a hacerlo se presentaron en forma espontánea a jurar fidelidad a la Corona. En otro acto de ocultamiento de la historia, Inglaterra extravió posteriormente el acta en la que se detallaban sus nombres.

Bernardino Rivadavia

“Endeudar a un país a favor de otro, hasta las cercanías de su capacidad productiva, es encadenarlo a la rueda sin fin de intereses compuestos. Así, tarde o temprano el acreedor absorbe al deudor; situándolo en una posición de servidumbre indirecta que el acreedor impone al deudor dirigiendo así el destino del país y de sus gentes. También interviene en el manejo de la política interior y determina su destino”

Raúl Scalabrini Ortiz

Desde nuestra independencia en 1816 se hizo más notable la confrontación entre quienes proponían un país con desarrollo autónomo y aquellos que pretendían imponer el modelo de integración al sistema económico mundial. Bernardino Rivadavia fue la figura más emblemática que tuvo el bando proinglés. Cumplió un papel fundamental para la consolidación de la entrega de nuestros recursos y nuestra inclusión en el sistema de la división internacional del trabajo, haciendo de Argentina una colonia productora de materias primas requeridas por la industria británica.

Como Ministro del Gobernador Martín Rodríguez en 1822, Rivadavia promovió la creación del Banco de Buenos Aires, cuyas acciones fueron adquiridas en gran número por comerciantes ingleses. El Banco -estatal en su nominación- sirvió para sostener principalmente emprendimientos privados.

Pero la operación más contundente de Rivadavia fue la firma del Empréstito con la banca Baring Brothers, en condiciones desventajosas, con intereses excesivos y respondiendo con la garantía de las tierras públicas. Vale destacar que la cancillería británica desarrolló esta misma práctica en varios países, consolidando deudas externas con el objeto de rendir a los nuevos Estados a los arbitrios de sus necesidades y dominación económica. En el caso de nuestro país, esta deuda fraguada terminó de ser pagada -con gran sacrificio- recién en 1904.

Rivadavia ocupó diversos cargos desde los inicios de la Patria. Era un hombre de negocios y entendía que el joven país sudamericano podía ser un excelente escenario para ello, para lo cual era imprescindible tener poder.

Desde su Ministerio dictó un decreto autorizándose a sí mismo a negociar la llegada de

inmigrantes, utilizando para ello la tierra pública. Para concretar este negocio viajó a Inglaterra donde se asoció a especuladores financieros y banqueros para traer los primeros contingentes de trabajadores de origen inglés.

Por otro decreto, se autorizó a sí mismo a “promover la formación de una sociedad en Inglaterra destinada a explotar las minas de oro y plata que existan en el territorio de las Provincias Unidas” (Rosa, 1977). Sin ruborizarse, transfirió ese poder a la casa comercial Hullet Brothers de Londres, que determinó la formación de una sociedad -integrada por el propio Rivadavia- para explotar oro en el cerro Famatina de La Rioja, la “Río de la Plata Mining Association”. La Casa Hullet le transfirió a la nueva empresa el poder de explotación y se designó a Rivadavia como presidente del directorio en Buenos Aires, con un sueldo de 1.200 libras.

El mismo primer ministro inglés George Canning se escandalizó, no tanto por la corrupción que beneficiaba al Imperio, sino por lo impúdico de la actuación del político argentino, y dejó por escrito instrucciones en las que señalaba que “me sería muy difícil mantener cualquier relación confidencial con un ministro extranjero que motivara sospechas aparentemente fundadas de estar interesado en un establecimiento comercial particular” (Rosa, 1977).

Un problema que debió enfrentar la compañía minera fue determinante para un cambio notable en la organización política argentina. En 1824, el gobierno de la provincia de Buenos Aires (en ese momento a cargo de Juan Gregorio de Las Heras) no tenía jurisdicción sobre el resto de las provincias, lo que hacía imposible la explotación de oro en Famatina por parte de la Mining.

Para calmar a sus socios, Rivadavia les escribe diciendo que:

el remedio está en elevarse a la altura de las calamidades para conjurarlas. No puedo demorar por más tiempo la instalación de un gobierno nacional... tan pronto que sea nombrado procederé a procurar la sanción de la ley para el contrato de la compañía (Rosa, 1977).

Utilizando la estructura del bando unitario y el apoyo del capital extranjero, el grupo proinglés logró copar el Congreso constituyente que sesionó en 1825 y determinó la consolidación de un modelo unitario con una figura presidencial. Rivadavia fue promovido al cargo de primer presidente argentino, sin el favor popular, con el propósito de utilizar el poder para continuar haciendo negocios particulares con gran beneficio para las empresas británicas.

La Deuda con la Baring o el uso de la función pública para su enriquecimiento no fueron los únicos daños que hiciera Rivadavia a nuestro país. Su primera medida como Presidente fue aumentar aún más las diferencias y designó a Buenos Aires como Capital de la República mientras que la provincia de Buenos quedaría también a cargo del presidente. Esto significó el triunfo del centralismo porteño, dueño del puerto y socio de los capitales ingleses.

En 1826, el imperio de Brasil declaró la guerra a nuestro país, en la continuidad de su política expansionista heredera de las prácticas portuguesas, especialmente en la Banda Oriental. A pesar de los triunfos de Carlos de Alvear en Ituzaingó y del Almirante Guillermo Brown en Los Pozos, que determinaron prácticamente el triunfo de las armas argentinas, Rivadavia envió a Manuel García a la corte brasileña a pactar la entrega del territorio oriental.

La intervención inglesa, que veía afectado su comercio naval, concluyó con la imposición del modelo británico conocido como la política del “algodón entre dos cristales”. Así como en 1829 habían apoyado al movimiento nacionalista griego para quitarle un espacio estratégico al Imperio

Otomano, en 1830 promovieron la independencia de Bélgica frente a las aspiraciones territoriales de Alemania y Francia. En esa línea y ese mismo año, lograron concretar la independencia de Uruguay.

También en 1826 Rivadavia modificó el sistema financiero, reestructurando el Banco Nacional. En otra acción oprobiosa, este Banco llegó a prestar dinero a Brasil en plena guerra contra Argentina.

Pero el país no aceptó la derrota ni la imposición del centralismo. La resistencia de las provincias y sus caudillos determinaron la huida de Rivadavia, lo que significó el fin del sistema presidencialista y el control unitario. Sin embargo, el electo gobernador Manuel Dorrego (con representación de las Relaciones Exteriores) no pudo financiar el fin de la guerra contra Brasil: el Banco Nacional no le facilitó los fondos, debió firmar la paz y aceptar la independencia uruguaya. Estos sucesos fueron usados por el bando unitario para acelerar el golpe militar de 1828 encabezado por el General Juan Lavalle, cuya primera medida fue fusilar al Gobernador Dorrego, iniciándose así una etapa de violencia y baño de sangre en nuestro país.

Rivadavia se retiró a España, donde gozó de sus riquezas y manifestó su odio hacia Argentina. En su testamento dejó aclarada su voluntad de no volver a este suelo americano, ni aun muerto

Sin embargo, los herederos de su práctica delictiva lo desoyeron y trajeron su cadáver para construir -sobre él y a pesar de su última voluntad- la Historia Oficial en la que Rivadavia ocupa un sitio de honor. Marcaron así el punto de partida para la constitución de la Argentina liberal a partir de 1852. Por ello, para explicar por qué el primer presidente argentino tuvo tantos opositores, Bartolomé Mitre (padre fundador de la Historia Oficial) acuñó el concepto de que “Rivadavia fue un adelantado a su época”. Mitre no sólo ocultó los negociados de Rivadavia y sus terribles consecuencias para el país, sino que lo exaltó a alturas de héroe, convalidando la entrega de la Argentina a los intereses extranjeros.

Justo José de Urquiza, paradigma de la traición

Hacia 1850, una nueva guerra entre el Imperio de Brasil y la Confederación Argentina parecía inevitable. El ejército argentino se encontraba bien armado y adiestrado. Rosas lo organizó en dos cuerpos: el “Ejército de Operaciones” dispuesto en la Mesopotamia bajo el mando del General Justo José de Urquiza y el “Aliado de Vanguardia” cuyo jefe era el General Manuel Oribe, ubicado en la campaña uruguaya. Ambas fuerzas sumaban aproximadamente 30.000 hombres.

A pesar del poderío militar argentino, la correlación de fuerzas varió a favor de Brasil en apenas unos meses. A principios de 1851, Urquiza negoció con el Imperio de Brasil y acordó varios puntos -entre ellos la aceptación de un suculento pago a su persona- para firmar un tratado con el propósito de enfrentar en forma conjunta a Juan Manuel de Rosas.

Como historió José María Rosa (1960),

Justo José de Urquiza era, sin duda, el más capacitado jefe militar de la Confederación...

...Era gobernador de Entre Ríos desde 1841, Jefe del Ejército Federal de Reserva en 1845; en 1849, Comandante del Ejército de Operaciones que, considerablemente equipado por Rosas, sería la fuerza maestra de la futura guerra con Brasil.

Los negocios de Urquiza

Utilizando su poder como gobernador, Urquiza había amasado una cuantiosa fortuna, convirtiéndose en el empresario más poderoso de Entre Ríos. Pero su actividad más lucrativa fue el inescrupuloso e ilegal intercambio que realizó con el gobierno de facto de Montevideo, rompiendo el sitio impuesto por Rosas para defender a las legítimas autoridades de Uruguay. En sus campos y saladeros se producía la carne que remitía en sus propios barcos de cabotaje hacia Montevideo, los que retornaban luego a su provincia cargados de mercaderías de origen europeo. Urquiza luego las fletaba para que se vendiesen en Buenos Aires, burlando la Ley de Aduana que establecía fuertes tasas y prohibiciones a los productos provenientes del exterior, pero no a los que llegaban procedentes de las provincias.

Para completar el “negocio”, Urquiza mandaba comprar oro en Buenos Aires -donde estaba prohibida su salida al exterior- y lo vendía en Montevideo con enorme ganancia.

José María Rosa (1960) se documentó profusamente en los archivos de Brasil y Uruguay. En dichos archivos se encuentran los “Apuntes” redactados por Nicanor Molinas, uno de los secretarios de Urquiza, en los que puede leerse que “Al pronunciamiento se fue porque Rosas no permitía el comercio del oro por Entre Ríos”.

Acerca de este tema se refirió también Duarte da Ponte Ribeiro, diplomático asignado en Buenos Aires durante el conflicto con Rosas, en carta remitida a su Canciller Paulino Soares de Souza. En ella afirmó que Rosas

...no permitió que vayan a Entre Ríos navíos extranjeros, ni que de allí salgan para ultramar. Además no concedió que pasen metales [oro] para Entre Ríos. Urquiza no es sólo el gobernador, sino también el primer comerciante de esa provincia, y las negativas de Rosas... le perjudicaron enormemente como comerciante (Rosa, 1960)

Para realizar los referidos “intercambios”, el Gobernador de Entre Ríos contó con socios o apoderados, tanto en Buenos Aires como en Montevideo. En esta última ciudad actuó el comerciante de origen catalán Antonio Cuyás, quien lo representó en forma secreta en la negociación con el Imperio de Brasil.

Esta negociación sucedió -y la traición de Urquiza se produjo- cuando Rosas tomó la decisión de prohibir tales actividades por considerarlas como contrabando. Lo hizo a través de las autoridades portuarias denegando las licencias para el traslado de oro con destino a Entre Ríos, así como los permisos para introducir mercaderías que no fueran de elaboración nacional.

Semejante medida provocó reiteradas protestas por parte de Urquiza.

Fue en este momento en el que se inició el proceso de ruptura por parte del Gobernador entrerriano y el viraje a una posición extrema en la que Rosas comenzó a ser considerado como un “cruel tirano”.

Negociaciones secretas

Las negociaciones entre Urquiza y el Imperio se mantuvieron en secreto. Algunos historiadores especulan con que Urquiza pretendía, en principio, montar un escenario de fuerza para obligar a Rosas a dar marcha atrás en su decisión y no interferir en sus “transacciones comerciales”.

Lo cierto es que el contubernio con Brasil continuó. Al fin, el gobierno imperial le planteó sus exigencias. Urquiza debía pronunciarse en forma pública contra Rosas, aportar el ejército a su mando para luchar contra el ejército argentino-uruguayo sitiador de Montevideo con el fin de elegir luego un nuevo presidente oriental que complaciera los requerimientos territoriales y comerciales del Imperio.

Como contrapartida, Urquiza solicitó el auxilio del ejército y la escuadra brasileños para enfrentar a Rosas, además del pago de 2 millones de francos oro.

La oprobiosa actitud del caudillo de Entre Ríos fue expuesta por un notorio antirosista como Domingo Faustino Sarmiento, quien se había unido al ejército de Urquiza en calidad de redactor de los boletines oficiales con el grado de Teniente Coronel.

Sarmiento (2006) expuso con crudeza la defección del caudillo entrerriano en su “Carta de Yungay”, redactada en Chile en octubre de 1852, en la que hizo referencia a la aceptación por parte de Urquiza del pago brasileño, al afirmar que

Tanta aberración he visto en estos años que me sorprende tan poco esto como si me dijeran que el emperador del Brasil ha sentado plaza en el ejército de Urquiza para corresponderle el servicio que S. E. le hizo conservándole esa corona que lleva en la cabeza, como tuvo S. E. la petulancia de decirlo en sus barbas al señor Carneira Leao, enviado extraordinario del emperador, y que se me caía la cara de vergüenza al oírle a aquel enviado referir la irritante escena y los comentarios: “¡Sí, los millones con que hemos tenido que comprarlo para derrocar a Rosas! Todavía después de entrar a Buenos Aires, quería que le diese los cien mil duros mensuales, mientras oscurecía el brillo de nuestras armas en Monte Caseros, para atribuirse solo los honores de la victoria.

El Tratado secreto se firmó en mayo de 1851. Planteaba una alianza entre el Imperio de Brasil y el Gobernador de Entre Ríos.

Al respecto de los alcances del acuerdo, José María Rosa (1960) afirma que

Su objetivo aparente es “mantener la independencia y pacificar el territorio de la República Oriental haciendo salir al general don Manuel Oribe y las fuerzas argentinas que manda” (art. 1°) ; el real es llevar la guerra a la Confederación, pues “...si por causa de esta misma alianza, el gobierno de Buenos Aires declarase la guerra a los aliados, individual o colectivamente, la alianza actual se tornará en alianza común contra dicho gobierno” (art. 15°)

Brasil sacaba el premio de sus viejas aspiraciones territoriales y de navegación fluvial, y tal vez de una mayor disgregación del Plata: por el art. 17° los Estados contratantes “se afianzaban mutuamente su respectiva independencia, soberanía e integridad de sus territorios, sin perjuicio de los derechos adquiridos“...

...El comercio de cabotaje de Urquiza sería protegido eficazmente por la escuadra brasileña... (arts. 10° y 18°)

El artículo 18° también garantizaba la libre navegación del Río Paraná para el Imperio del Brasil.

Pronunciamiento de Urquiza y derrota del proteccionismo

En mayo de 1851 se produjo el “Pronunciamiento” de Urquiza exigido por Brasil.

En él se declaraba la independencia de Entre Ríos hasta que se reuniera “una Asamblea Nacional de las demás provincias hermanas...” y que “...sea definitivamente constituida la República.”

Por fin,

En 1852 las fuerzas de Urquiza y el ejército brasileño vencieron a Rosas. Poco tiempo después se sancionó la Constitución Nacional, de principios liberales, en la que se garantizaba la libre navegación de los ríos por parte de los barcos extranjeros y la libertad de comercio, para exclusivo beneficio de Inglaterra.

La Constitución Nacional sentó las bases para la instalación en el poder de una oligarquía nativa aliada -y dependiente a su vez- de los intereses económicos de las grandes potencias internacionales.

Una vez en el poder, la oligarquía extendió los límites de la llamada "civilización". Aniquiló a los indígenas que aún vivían en territorio argentino y usurpó sus tierras. Promovió el ingreso de inmigrantes con la promesa de entrega de tierras, pero se los convirtió en mano de obra barata para las tierras recientemente obtenidas. Modificó las viejas formas de producción en el campo; los gauchos que no se adaptaron como peones rurales fueron perseguidos. Se construyeron los cimientos de la nueva Argentina, basada en la exportación de materia prima y alimentos (Parra, 2009).

Las potencias lograron su principal objetivo de dejar sin efecto el sistema económico de protección, destruir nuestro sistema productivo e imponer el liberalismo que nos sentenció a integrarnos al esquema internacional de la División Internacional del Trabajo como productores de materias primas y consumidores de sus productos elaborados.

Traición a la Patria

A pesar del derrocamiento de Rosas y su alianza con el Brasil, Urquiza continuó declarándose federal y se rodeó en Buenos Aires de reconocidos rosistas, ocupando el lugar de caudillo nacional.

Muchos partidarios esperaron que cumpliera su promesa de construir una república federal o que se comprometiera a frenar el avance y dominio del puerto de Buenos Aires sobre las provincias del interior. Pero a pesar de lo declamatorio, Urquiza sólo se preocupó por seguir haciendo negocios y acumulando riquezas.

Como señala Felipe Pigna (s/f), Urquiza

Se negó a apoyar los levantamientos federales de los montoneros del Chacho Peñaloza y Felipe Varela contra la política del puerto de Buenos Aires que asfixiaba al interior y sólo reapareció públicamente en 1865 para apoyar a Mitre en la Guerra del Paraguay. Esta actitud desprestigió mucho su figura en las provincias y generó fuertes rechazos entre sus comprovincianos. En 1868 volvió a la vida política presentándose como candidato a presidente. Fue derrotado por Sarmiento quien a poco de asumir apoyó su nombramiento como gobernador de Entre Ríos y lo visitó en su palacio de Concepción del Uruguay.

El abrazo con Sarmiento, el principal responsable de la muerte del Chacho, le costará muy caro a Urquiza. Para muchos de sus ex compañeros de armas e ideas era la gota que colmaba un vaso que había comenzado a llenarse tras la extraña retirada de Pavón y con el apoyo a Mitre y a la guerra fratricida con el Paraguay.

Las dos caras de los traidores, las dos caras de la Historia

Que el origen de nuestro país esté marcado por el accionar artero de traidores a su pueblo es de por sí muy malo. Pero mucho peor es que el basamento en el que se levanta nuestra patria haya sido consolidado ocultando la traición y disfrazando a los traidores de héroes y estadistas.

Castilla y Ramos, Rivadavia y Urquiza son sólo algunos de los tantos traidores que sostienen el andamiaje político y económico de entrega del país frente a corporaciones o países que se favorecen con la expoliación de sus recursos y riquezas.

La verdadera comprensión de la realidad resulta un paso fundamental para resistir y liberarse de todo tipo de dominación. Por ello es que no ha perdido valor ni actualidad lo expresado por Raúl Scalabrini Ortiz (1981):

...América no estaba aislada. Fuerzas terriblemente pujantes, astutas y codiciosas nos rodeaban. Ellas sabían amenazar y tentar, intimidar y sobornar, simultáneamente. El imperialismo económico encontró aquí campo franco. Bajo su pernicioso influencia estamos en un marasmo que puede ser letal. Todo lo que nos rodea es falso o irreal. Es falsa la historia que nos enseñaron. Falsas las creencias económicas con que nos imbuyeron. Falsas las perspectivas mundiales que nos presentan y las disyuntivas políticas que nos ofrecen. Irreales las libertades que los textos aseguran...

Bibliografía

- Jauretche, Arturo (1968). *Manual de zoncetas argentinas*. Ed. Peña Lillo, Buenos Aires.
- (1959). *Política nacional y revisionismo histórico*. Ed. A. Peña Lillo, Buenos Aires.
- Mateo, Fernando (1977). *Los orígenes de la antropología*. CEAL, Buenos Aires.
- Parra, José Luis (2009). Breve historia de la economía "liberal" en nuestro país. Argentina 1809-1999, 190 años al servicio del capital. *Revista Margen N° 12, diciembre de 1999*. <https://www.margen.org/suscri/margen12/parra01.html>
- Pigna, Felipe (s/f). *Biografía e Justo José de Urquiza*, en El Historiador (web). <https://elhistoriador.com.ar/justo-jose-de-urquiza>
- Ribeiro, Darcy (1969). *Las Américas y la civilización*. CEAL, Buenos Aires.
- Rosa, José María (1960). *El pronunciamiento de Urquiza a través de documentos diplomáticos brasileños y orientales*. Ed. A. Peña Lillo, Buenos Aires
- (1964). *El revisionismo responde*. Ediciones Pampa y Cielo, Buenos Aires.
- (1977 y 1981). *Historia Argentina*, 13 tomos. Editorial Oriente, Buenos Aires.

Rouquié, Alain (1983). *Poder militar y sociedad política en la Argentina, tomo I hasta 1943*. Ed. Emece, Buenos Aires.

Scalabrini Ortiz, Raúl (1981). *Política Británica en el Río de La Plata*. Editorial Plus Ultra, Buenos Aires.